

Lo auténtico y cómo conservar las raíces (II): el hip-hop en la segunda década del siglo XXI

Jerome Crooks
Poeta y escritor
Pittsburgh, Estados Unidos



Concierto de hip-hop del rapero cubanoamericano BZE y el afroamericano Omar Abdul en Pittsburgh. Shadow Lounge

Había salido esta noche buscando algo más que entretenimiento. Me habían dicho que en un bar local había *hip-hop* todos los jueves. Estaba en un barrio humilde. Las señoras que esperaban el autobús se apreta-

ban un poco más las carteras, paradas bajo las luces de la caseta. Para los autobuses ya no hay un horario fijo por la noche. Por fin, llega y partimos, zigzagueando por la avenida Penn, hacia mi destino. Los pasajeros ni se

miran; es más, tampoco se hablan. La luz ahí dentro revela rostros fatigados, caras mojadas del sudor de un largo y caliente día de verano. Ya no hay comercio abierto en este barrio, lo cual le da la apariencia de pueblo fantasma en medio de la ciudad. Hay que asomarse a las calles laterales para ver señales de vida. Ahí, se ve gente de todas las edades, en las entradas o los sombreados portales, fumando, bebiendo, gritando, tratando de olvidar el calor y la circunstancia de que tendrán que intentar dormir bajo él. El DJ rapero de esta noche será Fast Eddie. Se le conoce por grabaciones mixtas que celebran el *hip-hip* de toda la ciudad y no es nada fácil, ya que a Pittsburgh se le conoce por los conflictos entre barrios. Lo que limitaba a Pittsburg y a toda su comunidad negra era la falta de sentido comunitario. Fast Eddie me había invitado esa noche para que experimentara —en persona— la forma en que expresaba su filosofía unificadora. He venido a ver al *hip-hop* en su forma más pura desde y en las calles.

Lo único que está abierto, además del club, es una bodeguita al otro lado de la calle. La gente espera dentro de sus carros o sentados en los capós. Afuera del bar hay una parrilla asando hamburguesas, salchichas y pollo. Bajando un poco la cuadra, tres o cuatro hombres fuman marihuana sin ocultarlo. Adentro, los tragos son baratos, el aire está fresco y el sonido de las bocinas es sumamente claro. Las mujeres están vestidas de manera *sexy* e informal. Los hombres visten cualquier cosa que haga resaltar su fisonomía atlética y color de piel. Fast Eddie está girando los discos, tocando una mezcla de *hip-hop* local y nacional, pero al oír esto último la gente prefiere conversar. Han venido más para olvidar sus preocupaciones que para escuchar música compuesta por, para y sobre ellos mismos. Quieren oír canciones en

que la gente *rapée* como habla. Quieren oír canciones sobre las calles en que vive. Han llegado a sentir que su existencia es más grande que la vida misma, que son especiales y únicos. El *hip-hop* les ofrece todo esto. Fast Eddie explica:

«Todo el mundo se me acercaba para decirme que *rapeaba*. Y yo me quedaba pensando: jamás te he oído hacer un *rap* y te conozco desde que eras un chiquillo correteando por las calles. Les dije a todos que trajeran su música, las junté todas, las publiqué y todos las odiaron. A la gente de Pittsburgh no les cae bien los de otros barrios. Para nada. Lo hice una y otra vez, y ya estoy produciendo el decimotercer CD mixto, que es el exitazo más grande que puede haber. Unifica a toda la ciudad. Sin esta música, nunca jamás saldría esta gente en un mismo CD. Peor aún: tampoco se escucharían».

Cuando le pregunté sobre el beneficio de producir *shows* y CDs, Fast Eddie respondió que lo hace «para que todos los barrios se puedan juntar sin problemas. Y los raperos de todas partes se están felicitando —chocando los cinco— cuando bajan del escenario. Es algo muy grande». Y todo esto es el resultado del *hip-hop*. Pittsburgh rebosa de artistas de *hip-hop* de muy diferentes tipos y estilos. El fenómeno abarca desde el *rap* estilo confesional de Reverb sobre sus problemas psicológicos hasta el *electro funk* anti religioso y político de Grand Buffet; pasando por MCs como Beedie y BZE, afines al *boom bap* (época de oro del *hip-hop*). El *hip-hop* refleja las luchas y los problemas de los que toman parte en él, así como de las comunidades que representan. El equipo estrella de Pittsburgh, G.O.V., ha sufrido mucho por la encarcelación de dos de sus integrantes: Hard Tymes y Young Nizzy. Sólo dejan a Boaz y S. Money para seguir la tradición. Ambos se han lanzado con carreras exitosas, pero sin ceder ni un poquito en cuanto a su temática, actitud u orgullo *pittsburgués*.

Es posible que Wiz Kalifa sea el MC más exitoso que haya salido de Pittsburgh. A primera vista parece que Wiz representa todo lo que hay de malo en el *hip-hop*. Rapea sobre sus cadenas de oros, ropa cara, buena marihuana, costosas bebidas y mujeres baratas. Pareciera ser un *lifestyle rapper* [un rapero que se adhiera al estilo de vida más comúnmente asociado con los raperos]. Sin embargo, si uno examina su trabajo de cerca, verá que no está tratando de vender un sueño, sino sólo un ejemplo de lo que el trabajo de MC puede conseguirle a uno. El primer éxito de Wiz fue *Pittsburgh Sound*, que combina su fanfarronería con su visión de Pittsburgh y su carácter. La canción es como una promesa de no olvidar nunca los orígenes ni cómo se llegó a donde se está. Wiz ha publicado siete CDs mixtos y aún sigue fiel a su promesa. Pittsburgh le sirve de musa para su poesía, es la fuente de su jerga y siempre refleja el carácter de la gente de aquí.

En Time Bomb, la principal casa de moda rapera en Pittsburgh, el MC BZE me advirtió con razón lo malo que es tomar el micrófono en vano:

«[Los que escuchan] quieren ser entretenidos. Quieren ese entretenimiento superficial. La gente se tiene que dar cuenta de que muchos jóvenes los están escuchando cuando agarran el micrófono. Esos jóvenes sí que escuchan. Escuchan a todo que centellee, a cualquier cosa que capte su atención. Van a escucharlo por un momentico y cuando oyen a alguien decir que está haciendo algo, es precisamente eso lo que van a querer hacer ellos, también. Entonces, si los raperos empiezan a usar de manera ventajosa su voz, pueden mejorar las cosas en las comunidades. Para la mayoría no hay problema en lo que estamos escuchando aquí».

El *hip-hop* tiene la posibilidad de significar algo casual o serio para cualquiera. Camino hacia el *show* de esta noche y escucho *Prince of*

the City 2, de Wiz, para incentivar a pasar un buen rato. De regreso a casa, tal vez escuche a *Kev the Hustla*, o *Living Proof*. Va a depender de cómo me sienta —endurecido o iluminado— por la música de esta noche. Al amanecer pondré a Mac Miller o Beedie, para cargar las pilas mañana.

Al hablar del estado actual del *hip-hop* en Pittsburgh, dice Beedie que «nos toca a todos nosotros ponernos de pie y ser fuertes. Aquí lo que hay es *hip-hop*. Es sencillo, discreto, y lleva mucho tiempo aquí ya». Esta declaración nos revela que el *hip-hop* sobrevino de manera orgánica aquí y ahora, tras prender la llama de ese fenómeno, hay que protegerla y usarla para iluminar el camino de salida a los moradores de estos guetos. Al menos es ésa la conclusión a que llegamos todos los jueves por la noche.

Se está haciendo tarde y los MCs aún están por salir al escenario. Clyde D y 1, y 2 están aquí. El último autobús sale en quince minutos. Normalmente me sentiría muy decepcionado al tener que irme temprano, pero sé que la noche del sábado está a la vuelta y en algún lugar de la ciudad habrá DJs y MCs hasta muy tarde en la madrugada. Así como los *jukeboxes* [velloneras o rocolas] en Mississippi, los lugares que tienen *hip-hop* están apartados. Posiblemente no tengan *shows* y, si los tienen, casi nunca son completamente legales. Fue grato ver a todo el mundo sonriente, aliviados y avivados por el sonido retumbante que salía de las bocinas. ¿Que el *hip-hop* está muerto? No. El *hip-hop* está vivo y coleando y progresando en Pittsburgh. Sólo que se ha mudado de lugar. Sigue conmoviendo a gentíos, tendiendo puentes y trayendo consigo paz y éxito material a la ciudad de Pittsburgh, todos los días. El *hip-hop* hace sentirme orgulloso de mi ciudad.